UNA ROMANTICA

MADRID
1840

UNA ROMÁNTICA.

547:4

COMEDIA EN UN ACTO.

TRADUCIDA DEL FRANCES

POR

D. J. V.

MADRID.

BOIX, EDITOR.

Impresor y Librero, calle de Carretas, número 8.

1840.

PERSONAS.

DOÑA FRANCISCA.
TERESA.
EDUARDO.
ISIDORO.
ATALA.
DIEGO.

La escena es en Madrid.

Esta comedia es propiedad para su impresion y representacion del nuevo *Editor* del teatro moderno español y moderno estrangero; el cual perseguirá ante la ley al que la reimprima ó ejecute en algun teatro del reino, sin que para ello obtenga su beneplàcito por escrito, segun prescriben las reales órdenes de 5 de mayo de 1837 y 8 de abril de 1839.

ACTO UNICO.

El teatro representa una sala recibimiento. Puerta en el fondo que da á una escalera á la vista del público. Puertas laterales. A la izquierda una mesa con un hornillo y un fuelle. A la derecha una percha con una levita.

ESCENA PRIMERA.

EDUARDO, ISIDORO, DOÑA FRANCISCA.

Al levantarse el telon aparece Eduardo sacudiendo su levita, Isidoro dando lustre á sus botas y doña Francisca haciendo chocoláte en el hornillo.

EDUAR. Primera cualidad de las calles de Madrid, producir un barro muy sólido.

ISID. Puach! que polvo, doña Francisca; quiere vd. dejarme un cepillo para cepillar mi levita!

FRAN. Sí señor, pero tenga vd. cuidado de mi chocolate: (*Entra en el cuarto de la izquierda.*)

ISID. Pierda vd. cuidado que no le perderé de vista. (*Bate el molínillo.*)

FRAN. (*Entrando con un cepillo en la mano.*) Tome vd. este cepillo de pelo de jabalí.

EDUAR. Oh! muy bueno, como vd.

FRAN. Yo nunca niego nadá á mis huéspedes, y á vds. especialmente los estimo mucho, porque son unos jóvenes muy prudentes, laboriosos, y sobre todo muy económicos.

EDUAR. Sin embargo de ser estudiantes.

FRAN. Los que tuve anteriormente eran unos calaveras que siempre se entraban en mi cuarto por ir al suyo, y todo el dia estaban fumando cigarros puros, de suerte que parecia mi casa una chimenea, pero vds....

EDUAR. Oh! Con nosotros está vd. fuera de ese cuidado: nuestros cortos medios no nos permiten gastar ese lujo.

FRAN. Vamos, que no son vds. tan pobres como quieren parecer.

ISID. Y luego como todo es comun entre nosotros, suple el uno lo que no tiene el otro.

FRAN. Quiere decir, que son vds. modelos de amistad. Dos Castor y Polux.

EDUAR. En cuanto à lo de los dos Castor, no tenemos mas que un sombrero de seda, y cuando el uno se lo pone tiene que llevar el otro la gorra. Pero hablemos de otra cosa, por ejemplo de nuestro almuerzo. Sírvanos vd. en la bajilla de porcelana.

FRAN. Pues qué! hay convidados!

EDUAR. Sí, un amigo nuestro.

ISID. Si nos asára vd. un pollíto tan bien como el de ayer?

FRAN. Y quién ha dicho que yo he asado ayer un pollo? Se atrevió vd. á entrar á mi cuarto!

ISID. No, pero como despedia un olor que embalsamaba.

EDUAR. Vamos, patrona, es necesario conocer que es vd. una buena pieza.

FRAN. Todos los hombres son tan mimosos cuando quieren algo de las pobres mugeres. Vamos, hijos, que quereis que traiga?

EDUAR. Todo cuanto se pueda. Cadà uno pone seis reales.

FRAN. No echaremos coche con eso. Pero no obstante al-

morzarán mejor que unos condes. Ah! aqui viene mi sobrina.

ISID. Yo me voy.

EDUAR. Por qué!

FRAN. Porque viene mi Teresa?

ISID. Si ella supiese....

ESCENA II.

Dichos, TERESA.

TER. Buenos dias, querida tia: cómo ha pasado vd. la noche!

FRAN. Niña, nada dices á los señores!

TER. Yo creia que no correspondia á una jóven saludar la primera á los hombres.

ISID. (*Turbado.*) Tiene razon. Buenos dias señorita.

TER. (*Con gravedad.*) Servidora vuestra.

EDUAR. (*Observándola.*) Hola! Como sabe el tono de la alta sociedad.

FRAN. (*Con orgullo.*) Nadie diria sino que ha estado en un colegio. Has concluido ya aquella obra?

TER. Si señora: tome vd. mi semana, cuarenta reales y seis cuartos.

FRAN. Muy bien, querida... da un besito á tu tia que te adora... Vean vds.; ademas de trabajar con la modista, trabaja tambien en casa, y eso que hace dias que viene mas tarde que de costumbre. Ayer sobre todo, no vieron vds. á que hora vino?

ISID. (*Turbado.*) Ayer? No señora.

TER. Qué? tia. Sospechará vd.

ISID. Nada le ha dicho.

EDUAR. Oh! No tema vd. patrona por su sobrina. No haya miedo que hable por la calle á ninguno por mas que se la llame.

TER. (*Con intencion.*) Es que una joven que tiene buenos sentimientos, solo debe escuchar á las personas que sabe que tienen buenas intenciones.

FRAN. Habla como un doctor. Si digo yo que mi sobrina es la flor y nata de las jóvenes.

TER. Si soy lo que vd. dice, deme vd. una sopita de chocolate.

FRAN. Siéntate, y toma estas tostaditas de manteca.

ISID. Ah! Nosotros tambien debíamos tomar chocolate.

EDUAR. (*A doña Francisca.*) No olvide vd. el almuerzo.

FRAN. Sólo serán vds. tres hombres...

ISID. (*Mirando á Teresa.*) A no ser que nos favorezca alguna señora!

TER. (*Que le miraba.*) Ah! (*En su sorpresa deja caer su tostada.*)

EDUAR. (*Cogiéndola.*) Qué ha hecho vd.?... Tome vd., ha caido del otro lado.

FRAN. Has visto á tu amiga Atala?

ISID. (*Con intencion.*) Es la hija del sastre de enfrente?

FRAN. No señor, es otra oficiala de modista compañera de Teresa. Te ha vuelto ya la pañoleta que le prestaste?

TER. No la he visto hoy.

EDUAR. Quién es esa Atala?

FRAN. Una loca, una joven romántica que tiene trastornada la cabeza con tanto leer novelas. Pues miren vds., podia haber hecho muy buen casamiento, porque la queria un tambor pero ella ama lo ideal... lo aereo y vaporoso; qué se yo? No hace muchos dias que quiso suicidarse en un baño.

EDUAR. Cómo?

FRAN. Sí, pero felizmente se quedó abierto el conducto del baño y no pudo llenarlo.

EDUAR. Qué encantadora y que sentimental debe ser esa joven!

ISID. (*Con intencion.*) Al menos manifiesta que tiene pasion.

TER. (*Se levanta picada.*) Tia, me voy á dentro á arreglar el cuarto.

FRAN. Muy bien, y yo entretanto voy á hacer á vds. su almuerzo.

TER. Que aproveche, señores.

ESCENA III.

EDUAREO, ISIDORO.

ISID. (*ap.*) Me parece que me ha mirado con interés?

EDUAR. Sabes que es muy graciosa?

ISID. Sí, sí, y muy honrada.

EDUAR. Y muy amable.

ISID. Por eso la quiero yo.

EDUAR. Qué? Qué has dicho?

ISID. Qué he dicho? Crees que es mi corazon de estuco, ó de bronce ó de otro metal?

EDUAR. Y yo?... y yo, amigo... Crees que el mio es de goma elástica?

ISID. Sí, querido Eduardo; yo amo á Teresa desde el dia en que la vi. Ah! Por qué me hospedo en esta casa?

EDUAR. Y te has declarado ya?

ISID. Ayer tarde la encontré sola, y me atreví á confesarle mis sentimientos.

EDUAR. (*Estregándose las mânos.*) Y qué? y que dijo?

ISID. Nada pude sacar en limpio: me dijo que no me conocia bastante, que jamás habia pensado en amores, y que nunca tendria un amante si no era para casarse con él... Pero me amará vd. algun dia, le dige: si tuviera esta esperanza se lo escribiria á mi padre.

EDUAR. Asi dicen todos. Y que te respondió.

ISID. Yo no puedo contestar á vd., me dijo: no puedo, váyase vd. de aqui... déjeme en paz; y me salí.

EDUAR. Sabes que me parece que esa muchacha es mas fria que la nieve!

ISID. A mí tambien. Y será posible que no hemos de encontrar dos mugeres que nos amen?

EDUAR. Dos mugeres! Bueno seria, pero nuestra fortuna no nos lo permite. Ya me contentaria yo con una.., Ah! si pudiera encontrar á la del otro dia...

ISID. Cómo?

EDUAR. Escucha, Isidoro; hice anteayer un feliz hallazgo.

ISID. (*Vivamente.*) Y quién es?...

EDUAR. No lo sé.

ISID. Cómo se llama? dónde vive?

EDUAR. Tampoco se eso: es una aventura muy misteriosa que me sucedió en un café. Figurate que encontré una joven muy graciosa, con unos ojos seductores, y que tuve la dicha de hacerle un gran favor.

ISID. Y fué...

EDUAR. Al ir á pagar la bebida, se halló segun dijo, con que no tenia mas que un billete de mil reales... se turbó, perdió el color y entonces yo pagué por ella.

ISID. Hola! con que tu gastas mi dinero con las mugeres?

EDUAR. Qué quieres: es el primer sacrificio que hago á la hermosura. Soy por eso digno de reprension?

ISID. Y no te dijo dónde vivia!

EDUAR. No... pero me dijo que iba con frecuencia al teatro, y ahora me ocurre un proyecto.

ISID. Un proyecto!

EDUAR. Vamos esta noche al teatro, y si la vemos procuraremos hacer que venga aqui... tu la obsequiaras, Teresa lo verá, tendrá celos y será mas sensible contigo.

ISID. Escelente idea... aprobada. (*Se oye ruido en la escalera.*)

DIEGO. (*Desde á fuera.*) Vive aqui Don Isidoro Mena y D. Eduardo Carbajal... ? dos pisos mas arriba? mil gracias.

ISID. (*En la escalera.*) Es nuestro amigo Diego, y aun no tenemos nada preparado.

EDUAR. Es verdad... llama á la patrona.

ISID. Doña Francisca, despache vd. pronto.

ESCENA IV.

Dichos, DOÑA FRANCISCA *que entrecruza una ó dos veces en la escena para llevar diferentes cosas al cuarto de Isidoro y Eduardo.*

DIEGO. Gracias á Dios que consigo veros.

ISID. } Buenos dias, Diego...
EDUAR. }

DIEGO. Pero hombres, si vivis en las estrellas; á quien se le ocurre buscar un quinto piso!

ISID. Amigo, nosotros buscamos casa que esté á la altura de nuestras rentas.

DIEGO. Por fin si estudiaseis astronomía no seria desacertado. Para eso mejór os hubiera estado vivir como yo, en una tienda de tiroleses; donde me dan dos mil reales y la comida.

ISID. Amigo, asi andas hecho todo un lord.

DIEGO. No, pues no hay para tanto; sin embargo mas vale ser mancebo de una tienda, que estar delgado como un clavo, y con unas piernas de tigeras.

EDUAR. Y cuándo pones tienda por tu cuenta?

DIEGO. Cuando tenga una muger para que despache las ahujas, las tijeras, los dedales y otros artículos femeniles.

ISID. No tardarás mucho en tenerla.

DIEGO. Ya casi la tenia y creo que la he perdido por culpa vuestra...

EDUAR. Por culpa nuestra!

DIEGO. Sí señor; la belleza en cus tion es una jóven muy sensible, de una imaginacion descabellada y celosa si las hay. Cuando hoy la he dicho que tenia que venir á almorzar con vosotros ha esclamado: no quiero que vayas, habrá mugeres, no lo consentiré.

EDUAR. Y tú...?

DIEGO. Yo no la he hecho caso y he insistido en mi propósito; entonces ha puesto en juego lágrimas,

amenazas, suspiros y demas recursos de que echan mano las hermosas en tales circunstancias, pero yo no he hecho caso, porque estoy acostumbrado á semejantes espectáculos. Entonces ella se ha apoderado de una jarra y de una jofaina que me habian costado veinte rs. y me las ha tirado á la cabeza; al ver esto he perdido la paciencia y la he puesto bonitamente á la puerta de la calle con un adios quizá demasiado espresivo.

EDUAR. (*Levantando la pierna.*) Cómo? La has dado un.....

DIEGO. Sí, pero creo que no le ha alcanzado, cuando uno está colérico no toma bien sus medidas.... Luego he recibido una carta suya en que me dice que va á espirar de dolor, si no correspondo á su cariño, y me da de término hasta las diez y cuarto.

ISID. Oh! qué rasgo tan sublime!

DIEGO. Si vieseis que estilo tan tierno, tan lacónico y tan tétrico tiene su carta, ni mas ni menos que el que se usa para los epitafios; y ademas la ha escrito con sangre.

EDUAR. Ah!

DIEGO. Y con cuarenta faltas de ortografia.

EDUAR. Pobre jóven, còmo se conoce que te ama!

DIEGO. Y yo tambièn la amo, como que pienso casarme con ella; pero necesita llevar antes una leccion, y si se me presenta ocasion oportuna, se la daré.

ESCENA V.

Dichos, DOÑA FRACISCA, *despues* TERESA.

FRAN. (*Saliendo del cuarto de la izquierda.*) Ya está todo para cuando vds. quieran ponerse á la mesa. (*Entra Isidoro en su cuarto*)

DIEGO. Bravo; muy bien: entremos en la sala del festin.

EDUAR. (*Mirando à dentro.*) Mil gracias, patrona, por la prontitud. Espectáculo magnífico! Qué buena vista tiene una mesa puesta!

DIEGO. Vamos, entrad vosotros.

EDUAR. No, entra tú. (*Entran todos juntos.*)

ISID. (*Saliendo de su cuarto.*) Tiene vd. un salero, un salerito con una poca sal...

FRAN. Si señor, cuanto vds. quieran. (*Llamando.*) Teresa!

TER. (*En el fondo sacudiendo una estera por la escalera.*) Tia!

FRAN. (*A media voz.*) Muchacha, no ves que estas llenando de polvo el almuerzo de los señores! (*Entran y salen, y retiran del fuego las costillas que habia á la lumbre. A Teresa.*) Querida, dame la fuente.

TER. Tome vd. tia.

ISID. (*Con sentimiento.*) Cómo? vd. tambien, señorita se digna...

TER. Por qué no? señor...? Ya me servirà vd. el dia de mis bodas.

ISID. (*En voz baja.*) Cruel!

EDUARD. (*Parece en el umbral de la puerta.*) Doña Francisca... ! si nos hiciera vd. el favor de un poquito de aceite... está seca la vinagera.

TER. Ya voy yo á traerlo.

FRAN. (*Dando á Eduardo dos costillas crudas envueltas en un papel.*) Guarde vd. esto que ha sobrado.

EDUAR. Bien, bien, ya las asaremos despues. (*Con voz baja á Isidoro.*) Qué no entras?

TER. (*Volviendo.*) Tome vd.

ISID. (*Tomando la vinagera.*) Mil gracias. (*A media voz.*) Ay! amigo mio... se acabó, jamas me amará. (*Sigue á Eduardo que se entra con las costillas.*)

ESCENA VI.

Dichas, despues ATALA.

FRAN. (*Sentándose en una silla.*) Dios mio, tengo las piernas trouzadas: estoy sudando como un pollo. (*Se enjuga la frente: oyénse gritos en la escalera*)

VECINO. Doña Francisca, está vd. en casa?

FRAN. Qué se ofrece?

VECINO. Una señora pregunta por vd.

FRAN. Que suba, pues.

VECINO. Se ha puesto mala.

FRAN. Cómo!

TER. (*Cerca de la escalera.*) Corro á ver..... Ah! Dios mio... es Atala. (*Aparece Atala en la escalera.*)

FRAN. Atala! esa jóven locuela! Qué quiere vd. señorita?

ATA. Es Teresa... Ay! estrecha á tu amada Atala contra tu fiel corazon.

TER. Qué tienes, pobre Atala? Que palidez mortal... siéntate, siéntate y descansa.

ATA. (*Adelantándose.*) Sí, yo soy, ó mas bien soy la sombra, la fantasma de mí misma... en mi cruel agonia, he llamado en la habitacion del cuarto piso, he llamado con mano débil y calenturienta... se ha roto la cuerda de la campanilla, y yo iba á espirar, cuando ha salido un hombre y me ha dicho con voz brusca..... arriba en la puerta de enfrente... ah...!

TER. Dios mio; pero qué te ha pasado?

ATA. Ah! Teresa que feliz eres en no tener nervios, ni corazon, ni... si me dieras un vaso de agua..?

FRAN. Vamos, ha venido vd. á traer á mi Teresa su pañoleta...?

ATA. A qué he venido? y me lo preguntais vos...? He venido á morir, doña Francisca.

TER. A morirte.

FRAN. No, no, aqui nadie se muere... Bueno estaria.

ATA. Ah! es un monstruo: un tigre.

TER. Quién?

ATA. Quién ha de ser? él.

FRAN. Y quién es él?

ATA. Para mi no hay mas que un él en el mundo. (*Se da golpes en el pecho.*) Pero él tiene muchas ellas!

FRAN. El! ella!

ATA. Oh! no ames jamas tú, ángel candoroso é inocente... no ames á los hombres! tú no sabes lo que

son ; yo ; yo lo sé ya demasiado por mi desgracia: son unos falsos, unos pérfidos... Despues de haber hecho por ellos mil sacrificios, no son para dar una sortija que pese dos onzas de oro ; oh! si yo te dijera lo que me ha dado el mio en premio del amor mas vehemente.. Me ha puesto á la puerta de la calle, como á una criada, y me ha dado... un... oh! no, no tiene nombre... para poderlo decir. Y he de sobrevivir à semejante golpe!

TER. Vamos, consuélate.

FRANC. Señorita, vd es muy gentil y muy amable, pues ya le he advertido otras veces que no me gusta que hable vd. con mi sobrina de sus amores y de sus intrigas.

TER. (*Interrumpiéndola.*) Querida tia...

ATA. Intrigas! intrigas!... Ya se conoce que es vd. una vieja... Vd. no comprende nada de amores. El espantoso sentimiento que arde en mi corazon es un amor inconmensurable que desafia al destino mas adverso. Es un dulce rayo de la aurora, es el bramido del huracan, un fuego devorador cual la lava del volcan. Unas veces desconsolada, otras estasiada de placer, mi semblante ora aparece animado, ora pálido y triste, tan pronto siento frio, como calor, ya creo volver á la vida, ya que voy á perecer. En fin, paso mi existencia gimiendo, penando y muriendo. (*Se desmaya: Teresa la acerca una silla y la hace sentar.*)

TER. Se ha puesto mala.

FRANC. (*La coge las manos.*) Nos va á volver locas con su accidente. (*Sujetan á Atala que finge movimientos convulsivos*) Ya lo ves, hija mia, ya ves el fruto de las novelas, de los bailes de máscara... sírvate de ejemplo para en adelanec.

ATA. (*Con voz natural.*) Ah! me hace vd. mal, señora. (*Quejándose.*) Basta, basta... necesito que me dé el aire, mucho aire.

FRANC. Aire, y está á la corriente. A no que quiera que la subamos al tejado!...

EDUARD. E ISID. (*Llamando desde su cuarto.*) Patrona, patrona.

FRANC. Ya voy, ya voy; me olvidaba ya de servir el almuerzo á mis huéspedes. (*Toma los postres y entra en el cuarto.*)

ESCENA VII.

ATALA, TERESA.

TER. Vamos, Atala, dime lo que te ha sucedido.

ATA. (*Abriendo los ojos.*) Dónde estoy!... aun en este valle de lágrimas! Oh! pero no permaneceré en él mucho tiempo. (*Se levanta brúscamente.*) Yo me mataré para que él llore... y despues le mataré tambien.

TER. (*Atemorizada.*) Cómo! serás capaz de cometer semejante delito!

ATA. Escucha, amiga mia, escucha: tú serás mi única heredera, sí; yo te dejo cuanto poseo, mis joyas y aderezos, mi soberbio chal de cachemira, que ahora está empeñado, mis muebles, mis tres sillas, y mi cama. Escucha, mi casero pretende que le debo un año de alquileres... Yo no sé nada de esto... tú se los pagarás, y yo llevaré á la tumba el dulce consuelo de que he hecho una obra de beneficencia. Adios desventurada vida, adios; las noches sin estrellas y los dias sin sol de este mundo lóbrego fatigan mis párpados; porque yo soy un angel decaido y desplegando mis alas voy á volar á los cielos. (*Abre los brazos y se arroja hácia atrás.*)

TER. Querida Atala; desecha de ti todos esos malos pensamientos y piensa con juicio.

ATA. Ah! Es posible. Tu sencilla elocuencia suspende mi resolucion; quieres que no muera... no es asi? Pues de ti depende.

TER. De mí?

ATA. Marcha á buscar al mónstruo; llévale una carta. (*Saca una carta del bolsillo de la derecha.*) Dos,

cartas. (*Saca otra.*) Tres cartas. (*Idem.*) Marcha.

TER. Todas á su casa?

ATA. No; esta la entregarás en la tienda; esta otra la llevarás al café donde acostumbra à ir; y esta al estanquero.

TER. Pero, mi tia...:

ATA. Marcha; no te detengas, ó me ves espirar á tus pies.

TER. No, no, ya me voy. Ah! Dios mio! que terrible estás! (*Baja la escalera.*)

ESCENA VIII.

ATALA, *despues* DOÑA FRANCISCA.

ATA. Sí, sí; mi plan tendrá buen éxito, y por mas que se haya entregado á acciones indignas de un hombre civilizado, el mónstruo me ama aun y vendrá á buscarme en leyendo mi carta. Qué frases! oh! en estas ocasiones tengo una pluma de fuego.

FRAN. (*Saliendo del cuarto de sus huéspedes.*) Ha! ya se me olvidaba el café de... Teresa, dame media onza... pero dónde está?

ATA. Ha ido á comprar hilo, agujas y otras frioleras.

FRAN. Tendré que bajar al café... Pues es una friolera, mas de cien escaleras que hay. Pero parece que ya está vd. mejor?

ATA. Sí, entre las negras sombras de una desesperacion ha brillado una ráfaga de esperanza.

FRAN. (*Pasando cerca del hornillo.*) Se ha apagado el fuego?... (*Sopla.*) No, aun hay.

ATA. Fuego! La llama que me abrasa no se estinguirá jamás, no, jamás.

FRAN. Lo creo; pero si me hiciera vd. el favor de ayudarme á encender el mio?

ATA. Por qué no?

FRAN. Con dos ó tres carbones hay bastante. (*ap.*) Pero bien pensado, mejor será bajar al café por tres medias tazas y lo tengo hecho en un instante.

ESCENA IX.

ATALA, *despues* DIEGO.

ATA. (*Soplando el fuego*) Sí, es seguro el efecto de mis tres cartas. No se enciende... Oh! pobre corazon mio, conten tu impaciencia: qué mal carbon! pero oigo pasos en la escalera; oh felicidad! (*Deja el fuelle en la silla y se dirige á la escalera.*) Ah! es el gallego que sube el agua. (*Se oyen risas en el cuarto de Eduardo y de Isidoro.*) Cómo se rien! qué estrépito y que algazara! O amargos contrastes de la vida... mientras alli reina la alegria y el placer, aqui domina el pesar y la desesperacion!

DIEGO. (*Saliendo del cuarto con un cigarro en la boca.*) No, no, lo encenderé en el hornillo. Que fumadores estos: (*riendose*) ni siquiera tienen un fósforo. (*Se acerca al hornillo.*)

ATA. (*Sorprendida.*) Cielos! qué veo! mi mónstruo!

DIEGO. (*Aparte con alegria.*) Dios mio! Atala aqui! Ha venido á buscarme. Bueno, bueno. Voy á dar principio á mi leccion. (*Fingiendo admirarse con frialdad.*) Atala aqui! qué quiere decir esto? (*Toma un carbon con las tenazas y enciende el cigarro.*)

ATA. (*Despues de haber mirado la puerta de la izquierda, le coge violentamente del brazo.*) Con quién estàs? de dónde sales? Estás con ella? Ah! ya te he sorprendido. Confiésame que estabas con... no quiero decir su nombre, pero no me lo niegues.

DIEGO. (*Fumando.*) Estás soñando, Atala! Tienes una cabeza como la jarra que me has roto.

ATA. Insolente! Aun me insultas cuando estoy medio espirando!... Y tienes corazon de hombre? No, tu alma es de tigre, de reptil, de cualquier animal. (*Diego retrocede queriendo entrarse adentro.*) No creas escaparte de mis manos. Yo te perseguiré como una fantasma, como un espectro... Oh! tu no has llegado aun al fin de tus penas.

DIEGO. Sensible amiga, tu me arrancas los brazos.

ATA. Sí, porque lo quieres: ingrato, yo te perseguiré hasta el fin del mundo como persigue la pantera al cazador que la ha herido. Y pues has despreciado mis dulces caricias, tiembla porque hemos de vivir y morir juntos. Hombre insolente, es posible que yo haya podido pensar en un ser tan despreciable, tan horrible, tan...

DIEGO. (*Haciendo una cabriola.*) Pero tan gracioso.

ATA. Lloré, supliqué, sufrí; qué loca he sido! Oh! Sí, si muy loca.

DIEGO. En ese caso puedes ir á una gabia á que te curen.

ATA. Si, tu quieres que me vaya, que te deje tranquilo ahora que has completado tu traicion, que te has saciado con mis lágrimas. Eso es lo que tu quieres, vil seductor.

DIEGO. Sensible amiga, me das compasion. (*Arroja una bocanada de humo.*)

ATA. (*vivamense.*) Será posible! Ah! abrázame: dime que me amarás.

DIEGO. (*Aparte.*) No, no es aun tiempo: abusaria de la victoria. (*La mira con ternura y despues la vuelve las espaldas.*) No, no te conviene.

ATA. (*Con furor.*) Se me está burlando! ah! tu no eres un hombre, no, eres un mónstruo. (*Mira al cuarto de la derecha.*) Pero ya se tu intento; quieres que haya sangre; que la desafie; sí, tu quieres un duelo á muerte. Pues bien; lo habrà. (*Toma el fuelle y lo levanta con ademan amenazador, y se dirige á la puerta de la derecha. Eduardo é Isidoro aparecen en la puerta de su cuarto.*)

ESCENA X.

Dichos, ISIDORO, *y* EDUARDO.

ISID. (*Corriendo.*) Qué sucede!

EDUAR. Qué gritos son esos!

DIEGO. Me alegro de que salgais; es la joven de quien os he hablado.

ATA. (*A Eduardo é Isidoro que no se mueven.*) No me detengais, no, recibirá la muerte por esta mano. (*Levanta el fuelle como para pegar á Diego con él.*)

EDUAR. (*Cogiendo el cañon del fuelle.*) Deteneos! cielos! es mi hermosa desconocida.

ATA. (*Aparte.*) Dios mio! es el joven de la otra noche! Tanto mejor. (*En voz alta.*) Bien: ya que no puedo vengarme, pero sereis testigos de mi trágico fin.

ISID. Qué dice?

ATA. (*Tomando con presteza el hornillo.*) Oh! fortuna, yo te bendigo. (*Se entra en el cuarto de doña Francisca y se cierra con llave.*)

ESCENA XI.

DIEGO, ISIDORO, EDUARDO.

EDUAR. (*Atemorizado.*) Cómo! Será posible que intente poner fin á su existencia esa desdichada!

DIEGO. (*Impasible.*) Tranquilízate: ya me ha repetido veinte y cuatro veces la misma farsa. (*Entra doña Francisca con una bandeja y tres tazas de café.*)

ESCENA XII.

Dichos, DOÑA FRANCISCA.

FRAN. Estaba frio el café y me han hecho esperar una hora. (*Entra en el cuarto de Isidoro.*)

ISID. } Pero es preciso hacerla salir... sí, salvémosla del
DIEGO. } peligro á que se espone.

EDUAR. Sí, librémosla.

DIEGO. (*Deteniéndoles.*) Qué necios sois!... (*ap.*) Si supierais que todo lo hace para alarmarme y para que me postre á sus rodillas!

ISID. Ha echado el cerrojo. Tiremos la puerta abajo.

FRAN. Tirar la puerta!... Mil gracias por el favor. Y por qué! Si se les habrá subido el vino á la cabeza!

EDUAR. Va á asfixiarse!

FRAN. (*Vivamente.*) Quién?

EDUAR. (*Que se ha acercado á la puerta.*) Está cerrando el bugero de la llavera...

FRAN. Ay Dios mio! es esa loca! Atala!... y mi sobrina!

ISID. Estará tambien ahi dentro.

EDUAR. Son dos las víctimas!

FRAN. Dios mio! (*Llamando.*) Teresa! Teresa! hija mia!

ESCENA XIII.

Dichos, TERESA.

TER. (*Parece en la escalera.*) Aqui estoy, tia.

FRAN. (*Abrazándola.*) Ah!

TER. (*Sofocada.*) Me ha hecho correr todo Madrid para nada. Ya me figuraba yo que no habia de encontrar á ese don Diego.

DIEGO. Yo soy. Que me queria vd.?

TER. Vd.? Entregarle estas cartas.

DIEGO. Son de ella... Veamos, el despacho telegráfico. (*Leyendo*) Ingrato, yo no puedo prorogar mi existencia despues de la afrenta que me has hecho... cuando leas estas líneas la desventurada Atala habrá dejado de existir. Ahora te lo jura. (*Con alguna emocion.*) Si será cierto? Si habrá premeditado la catástrofe!

EDUAR. Silencio, oigo gemidos.

ISID. No notais un olor á tufo.

EDUAR. Sí, sí. (*Todos olfatean.*)

DIEGO. (*Acercándose á la puerta del cuarto donde está Atala.*) Atala, Atala, soy yo, tu querido Dieguito.

TER. No responde!

DIEGO. Ya empieza esto á ponerme en cuidado.

TER. Ah! por la ventana del corredor se podria ver.

FRAN. Sí, por el postigo.

DIEGO. Sí, sí; voy volando. Por la derecha, no es verdad? (*Sale.*)

ESCENA XIV.

TERESA, DOÑA ERANCISCA, ISIDORO, EDUARDO.

EDUAR. Oh! Que escena tan terrible vamos á presenciar.
FRAN. Pero y que hemos de hacer?
ISID. Pobre jóven, que desgraciada es! Víctima del amor.

ESCENA XV.

Dichos, DIEGO.

TER. Y Atala.
EDUAR. *(Con interes.)* Se ha muerto!
FRAN. Se ha muerto!
DIEGO. No piensa en eso. A qué no adivinais lo que está haciendo? Pues señores, està almorzando, y cuidado que es el segundo almuerzo.
EDUAR. Tanto mejor.
ISID. Come!
DIEGO. No solamente come, sino que devora... Me parece que se estaba comiendo un pollo asado.
FRAN. Un pollo!.. Es el mio...
DIEGO. Sin duda por eso se ha llevado el hornillo. Lejos de intentar privarse de la existencia, está procurando por ella. Os ha dado lindo chasco; al sentir el olor del carbon, habeis creido que se suicidaba y era que asaba un pollo.
FRAN. Habernos engañado de este modo. Yo me enternecia ya.
EDUAR. Y á mi se me soltaban las lágrimas.
DIEGO. Ah! no conoceis à esa maula.
EDUAR. Pero en fin, mas vale que se haya comido el pollo de la señora que no que se hubiese muerto.
FRAN. Yo no quiero que esté mas en mi casa esta Proserpina. Aun me va á romper toda mi vajilla. *(A Diego colérica.)* Dígale vd. que se vaya inmediatamente.
DIEGO. *(Con frialdad.)* Haga vd. cuenta que no está. Yo la conozco muy bien, y cuando tiene estos ataques de nervios se duerme al instante... Verá vd. co-

mo se acuesta al momento y ronca como si nada hubiera sucedido.

FRAN. Eso es! se acostará en mi cama, en mis sábanas. No lo consiento... no lo consiento. Ella no me paga nada, y no tiene derecho de hacer uso de mis cosas.

DIEGO. (*Riéndose.*) Bien, vaya vd. á llamar al alcalde.

EDUAR. Mejor es llamar á un cerrajero.

FRAN. Eso es! y tendré que darle dos ó tres reales porque abra la puerta...

DIEGO. Tiene razon.

FRAN. Ah! que necia soy! No me acordaba de que el casero tiene otra llave..... Voy por ella.

TER. Diga vd. que hemos perdido la nuestra y evitaremos cuentos.

FRAN. Sí, sí, ven conmigo, Teresa. (*Se van.*)

DIEGO. Y á todo esto no hemos acabado de almorzar... Ya estará frio el café... Vamos, vamos. Una comida sin café es como una persona sin manos. Vamos y beberemos á la salud de Atala.

ESCENA XVI.

EDUARDO, *finge seguirlos y luego que se han entrado se vuelve.*

Ese Diego tiene el corazon seco como la yesca. Esa joven es muy sentimental y él no sabe tratarla como corresponde. Qué infamia! hacer de rision el frugal almuerzo que ha hecho en un momento de delirio! Sí, porque esa infeliz habrá comido de rabia, de desesperacion. Si me atreviese!... Sí, tal vez consiga ganarme su voluntad. (*Se acerca á la puerta y mira por la cerradura.*) Veamos. Señorita, señorita Atala, quiere vd. darme el gusto de tomar un vaso de agua con un azucarillo, ó una tacita de café? Sin cumplimientos: le probará á vd. muy bien. y ayudará á la digestion del tubérculo farinoso que ha tomado vd.

ATA. Mil gracias.

EDUAR. Pero acepta vd. ó nó.

ATA. Sì, con mucho gusto.

EDUAR. Soy feliz... voy corriendo... *(Entra en el cuarto de sus amigos. Se oye descorrer el cerrojo y abrir la puerta.)*

ESCENA XVII.

ATALA *sola, contemplando el cuarto de Eduardo.*

Aun hay una alma sensible que se compadece de mí: qué consuelo! Si no fuera por estos seres dulces que la naturaleza nos envia, como se habia de poder vivir en el mundo con tantos monstruos como encierra la sociedad..... Ah! mis ojos contemplaron con placer sus celestiales facciones y el dulce metal de su voz penetró hasta mi alma. Qué idea me ocurre! Tal vez logre por su medio vengarme de mi vampiro.

ESCENA XVIII.

EDUARDO, ATALA.

EDUAR. *(Sale con una taza de cafe.)* Dios mio! ya hu salido.

ATA. *(A media voz.)* Algo ordinario tiene el aire, pero no le está mal.

EDUAR. *(Aparte.)* Oh! qué figura tan romántica! *(En alta voz.)* Espero que disimule vd. mi atrevimiento...

ATA. *(Con dignidad.)* Por qué! una taza de cafe es una de las cosas que pueden ofrecerse á una señorita bien nacida y que ella sabe apreciar eternamente. *(Mirándole, aparte, mientras Eduardo echa el cafe.)* Qué orejas tan bonitas tiene! *(En voz alta.* Un poco mas.

EDUAR. Al menos sirva para probar á vd. mi buena voluntad, mis deseos de que se alivie.

ATA. *(Que ha probado el cafe.)* Qué caliente está! pero no importa.

EDUAR. (*Con galanteria.*) Se me ha olvidado traer otra taza...

ATA. Como ha de ser, no todo se puede conseguir en este mundo. Pero acaso se habrá vd. privado por mi...

EDUAR. (*Tomando un turron de azúcar.*) No, no, pero me tendria por feliz si vd. me permitiera mojar este turroncito de azúcar en la salvilla.

ATA. (*Presentàndosela.*) Pobre jòven! haga vd. lo que guste.

EDUAR. (*Lo hace.*) Oh! jamas me ha sabido tan bueno el cafe.... con esto, y luego con vuestra amable compañía se me quitan las ganas de dormir. (*Alzando con sentimiento los ojos al cielo.*) Si supiera vd. cuan grande es la necesidad que tengo de amar!

ATA. (No necesito decirle nada, él mismo se dirige á mi objeto.) (*En voz alta.*) Oh! ya le comprendo á vd...

EDUAR. Oh! vd. es la primera; yo he sido un hombre incomprensible hasta ahora... Ya sabe vd. que esta es la desgracia de la época: todos los literatos se quejan de lo mismo.

ATA. Tambien lo son las mugeres desgraciadas; el barco de vapor de su existencia se ve tan combatido por las olas de la vida...!

EDUAR. Que apenas puede ser guiado por segura ruta, no es asi?

ATA. Ah! señor, yo tenia un amor ardiente cual lo siente un jóven corazon, y mi vida ha sido destrozada... yo habia creido encontrar un apoyo, me habia figurado que la vid hallaria un olmo con quien enlazarse; pero me engañé... solo he encontrado...

EDUAR. A ese brusco Diego que en lugar de sosteneros os derriba. Ah! ya comprendo vuestra terrible posicion.

ATA. Me comprende vd.? Me alegro; eso prueba su esquisita inteligencia.

EDUAR. (*Tiernamente.*) Oh! sí, nosotros hemos nacido para entendernos, yo penetré la amargura de su corazon desde la primera vez que la vi al resplan-

dor de las luces artificiales, que daban tanto realce á ese rostro, ah! le juro á vd. que su imágen quedó grabada en mi corazon de un modo indeleble.

ATA. (*Con énfasis sentimental.*) Si esas palabras no son la imágen de un falso resplandor, semejante á aquellos fuegos fátuos que deslumbran al peregrino estraviado...

EDUAR. Oh, no, no, Atala, yo seré otro Chactas para vd. Corresponda vd. al amor que la tengo! Pero vd. ama á D. Diego y su corazon...

ATA. Su corazon! el bárbaro no lo tiene, jamas lo ha tenido, jamas lo tendrá.

EDUAR. (*Cayendo á sus rodillas.*) Yo tengo un corazon muy sensible... y lo pongo á vuestros pies, quiere vd. aceptarlo, se digna vd...

ESCENA XIX.

ISIDORO *aparece con* DIEGO *en el umbral de la puerta.*

DIEGO. (*A Isidoro.*) Ven. (*Viendo á Eduardo á las rodillas de Atala.*) Hola! el jesuita!

ATA. (*Aparte, viendo á Diego.*) Aqui está...! nos ve... nos escucha! (*En voz alta.*) Se postra vd. á mis plantas? Ah! jóven inesperto, cree vd. que soy alguna coqueta!

EDUAR. No me levantaré de aqui hasta que esos labios me lo digan.

ATA. (*Con ternura*) Pues bien, levántese vd. de aqui.

DIEGO. (*Aparte.*) Qué escucho! pérfida. Pero sigamos mi pensamiento: ahora me toca á mi reirme.

ESCENA XX.

ISIDORO, EDUARDO, ATALA.

EDUAR. (*Besando la mano á Atala.*) Gracias, gracias, vírgen del Valle.

ISID. Qué veo!

EDUAR. Aqui estas tú...? Ven, amigo mio: ven á contemplar la muger que yo buscaba por mar y tierra:

ISID. Yo tambien. Oh! es encantadora.

EDUAR. (*En voz baja á Isidoro.*) Dices que te agrada? Ah! pero ya veo que es para vengarte de Teresa.

ISID. (*A media voz.*) Por supuesto. (*En alta voz.*) Señorita, si me permite vd. que la manifieste mis respetos.

ATA. (*Aparte.*) Los dos favorecen mi venganza (*En voz alta.*) Acercaos, jóvenes fenómenos del sentimiento, hermanos gemelos de la ternura, sí, cada uno de vosotros ocupará la mitad del vacío de mi alma.

EDUAR. (*Poniéndose de rodillas.*) Ya lo oyes, amigo mio. (*Le toma la mano.*)

ISID. (*En voz baja á Eduardo.*) Cielos! creo que viene, Teresa!

EDUAR. Tanto mejor, retírate de aqui! (*Isidoro pasa al otro lado y se arroja á las rodillas de Atala. Alargándole la mano derecha.*) Señorita...!

ISID. (*De rodillas, tendiéndole la mano izquierda.*) Señorita...

ESCENA XXI.

Dichos, TERESA.

TER. (*Admirada.*) Ay Dios mio! qué veo! (*Se sorprenden los demas: Isidoro se separa de Atala y se acerca á Teresa.*)

TER. El Sr. Isidoro á los pies de otra muger? qué horror! ah! yo me sofoco!

ATA. Teresa, qué tienes?

TER. (*Colérica.*) Nada, señorita, déjeme vd. Y una amiga! oh! esto es espantoso! Qué no teniais bastantes amantes que aun quieres apoderarte de los agenos?

ATA. Es verdad, conozco mi error, y estoy pronta á cederte al Sr. Isidoro, si lo quieres.

TER. (*Llorando y suspirando.*) Sí... sí... yo no estaba aun segura de que queria ser mi marido... pero al ver su perfidia... ah! me he vendido á mi pesar... hi... hi..., ah! (*Atala la hace sentar en una silla á la derecha del público.*)

EDUAR. (*A Isidoro.*) Ya ves... esto marcha! Voy por un vaso de agua.

ESCENA XXII.

DOÑA FAANCISCA, ATALA, TERESA *sentada*, é ISIDORO *á su lado*,

FRANC. (*Aparece en lo alto de la escalera con una llave en la mano.*) Gracias á Dios que he podido arrancar la llave al casero... Pero, Dios mio! Qué significa esto! Atala en pie y mi sobrina con un singulto.

ISID. Ya vuelve en sí.

ATA. No es nada... el mal está en el corazon.

FRANC. (*Acercàndose á Teresa.*) En el corazon! (Ella tambien?) Ay dios mio, si habrán sobornado á mi sobrina?

ISID. Calle vd.. y no la atemorice. Yo la amaba en secreto, y ella tambien me correspondia.

FRANC. Ya abre los ojos! será posible!

TER. (*Con dolor y abatimiento.*) Ah! querida tia, no me habia atrevido á revelarlo.

ISID. Espero que no se negarà vd. al cumplimiento de nuestros deseos. Ya sabe vd. mi posicion, escribiré á mi padre, y nos casaremos.

TER. Que felicidad.

FRANC. Si os empeñais. (*Se oye un grande estrépito en el cuarto de la derecha.*)

ISID. Hola! Quién llama? (*Se repite el ruido.*)

ATA. Ah! qué estrépito!

FRANC. Es en el cuarto de vd. Sin duda su amigo ha bebido mas de lo regular, y está destrozándolo todo. (*Se repite el ruido.*) Ah! mis muebles; mi bajilla! (*Todos admirados.*) Qué significa todo esto!

FRANC. (*Fuera de sí.*) Ah! mi botella de cristal hecha pedazos, mis sillas tiradas por el cuarto... y el espejo que me costó veinte reales!... socorro... socorro... fuego... fuego... (*Entra en su cuarto.*)

ATA. Me parece que oigo gemidos.

ESCENA XXIII.

DOÑA FRANCISCA, ATALA, TERESA, ISIDORO.

FRANC. (*Aparece à la puerta.*) Ah! Dios mio, Dios mio qué trabajo tan grande.

TODOS. Qué ha sucedido!

FRANC. Ese desdichado joven ha creido que le era vd. infiel, y ha querido inmolarse...

ATA. (*Muy gozosa.*) Oh ventura! Con que me amaba hasta el punto de matarse por mí!... Ah! ahora si que es digno de vivir conmigo...! Dónde está, dónde está! quiero recoger su último suspiro; quiero conservar un bucle de sus cabellos.

FRANC. Aqui viene. (*Isidoro ayuda á doña Francisca á sostener à Diego que entra enteramente descompuesto, desabotonado el chaleco, el pecho descubierto, herizados los cabellos, y tiznada la cara con el cigarro.*)

EDUAR. Pronto una silla. (*Atala pone una silla en medio del teatro, sientan en ella á Diego que desfallece.*)

EDUAR. Sostente bien.

FRANC. Válgame Dios! que trabajos suceden hoy en mi casa.

ESCENA XXIV.

EDUARDO, TERESA, DOÑA FRANCISCA, DIEGO, ATALA, ISIDORO.

TERES. (*A Eduardo.*) Un poco vinagre.

DIEG. (*Con voz alterada.*) Dóndo estoy! Ah! dejadme morir.

ATA. (*Acercándose á él.*) Cielos, está herido!

DIEG. Sí, herido mi corazon por tí, muger pérfida, que has destrozado tantos corazones.

ATA. (*Arrojándose á él.*) Qué oigo! oh! qué celos tan violentos.

DIEG. Retírate, moderna Lucrecia.

ATA. Oh!

DIEG. Sí, Lucrecia Borgia; no vengas á empozoñar el último aliento que me resta.

FRANC. Voy á llamar al cirujano.

ISID. Sí, tal vez le pruebe bien una sangria.

DIEG. (*Con voz desfallecida.*) Gracias amigo, acabo de tomarla de vino.

ATA. Amado Diego, vive, vive, no ves cuan desconsola-

da queda tu amante! vive para ella, yo te lo ruego.

DIEG. Imposible: el ovillo de mi vida está ya formado, y el hilo se ha roto.

ATA. Oh, Dios mio! Pero al menos dime que me perdonarás, y haré cuanto quieras, yo te lo juro. (*Se arrodilla á alguna distancia de Diego.*)

DIEG. Dónde está. Ah! aqui. (*Coge la cabeza de Atala, y la pasa las manos por los cabellos.*) Tus lágrimas me conmueven; yo te perdono, pero con tres condiciones.

ATA. (*Vivamente.*) Cuáles son? Dilas pronto, heróico amante, cuyo corazon no habia conocido: yo juro que las cumpliré.

DIEG. Prométeme que no te darán convulsiones.

ATA. Oh! lo prometo.

DIEG. Que no asistirás á ningun baile de máscara, que trastornan la cabeza á las jóvenes con grave perjuicio de sus maridos.

ATA. Lo juro.

DIEG. Júrame que si recobro la existencia que voy á perder, solo me amarás á mí.

ATA. Lo juro.

DIEG. (*Levantándose.*) Basta pues.

TODOS. Qué es esto.

ATA. Es un sueño! No se muere!

DIEG. No; tu amor me ha vuelto á la vida. Atala, abraza á tu esposo.

ATA. Ah! cruel... con todo mi corazon.

FRANC. Con que ha sido todo fingido.

DIEG. Cabal.

ISID. Nuestras bodas se celebrarán en un mismo dia.

EDUAR. Muy bien. Y yo me quedo solo con mi tierno corazon en la mano!

(*Francisca se acerca á Eduardo, que la vuelve la espalda encogiéndose de hombros.*)

DIEG. Atala, aprovéchate de la leccion que te acabo de dar; y cuando estemos casados destierra esas escenas trágicas, esos males de nervios, esos vapores; en una palabra, no seas romántica.

FIN DE LA COMEDIA.

3 0112 098520940